

Isabel Pérez
Crítica de Arte

»»

Equipos de científicos están dedicando investigación y recursos para prolongar nuestra esperanza de vida más allá de los 140 años. Se trataría lógicamente de llegar a esa proveya edad sanos, guapos, «jóvenes», ágiles e intelectualmente capacitados. Si consiguen encontrar la fórmula muchos nos apuntaremos. Aunque también oteamos en el horizonte consecuencias socioeconómicas difícilmente compatibles con la actual escasez de trabajo, recursos naturales o con la multiplicación exponencial de plásticos y residuos por habitante como hasta ahora, por citar unas pocas de esas secuelas.

En todo caso, mucho antes de que los genios nos puedan proporcionar la pastillita de la eterna juventud, la sociedad ha ido adelantándose: si los antiguos egipcios empezaron a ponerse potingues en la cara para hidratarla y mejorar el aspecto, nosotros hemos acabado inyectándonos no sé qué enzima Q10, tomando pastillas k5, hormonas B12, vitaminas C, E, A y el resto del alfabeto; los alimentos ya no bastan. Y por supuesto nos castigamos en el gimnasio, contratamos un *personal training* -en inglés queda más chachi-, corremos maratones, nos apuntamos a *ironmen* y lo que sea necesario con tal de que nos sigan situando en esa franja de edad que hemos llamado juventud. Léase juventud únicamente en su acepción física, cuando la piel se presenta sin arrugas ni manchas, prístina, impecable. Olvidamos que desde el momento que nacemos estamos programados para irnos un día, *amen*.

Cuesta admitir que, al igual que electrodomésticos, coches, ordenadores y demás cachivaches electrónicos programados para dejar de ser útiles el tiempo que el fabricante haya estimado, también nosotros

tenemos nuestra propia obsolescencia. Allá cada cual con sus creencias y piense en una obsolescencia programada por un ser omnipotente, el destino, o simplemente el tiempo. Pero que padecemos de obsolescencia, seguro.

El proyecto de Reme Silvestre (Monóvar, Alicante, 1992) gira en torno a esa obsesión que nos corroe por jugar al escondite con el tiempo, por evitarlo, por prolongar aquello que hoy en día más se está valorando: eliminar el envejecimiento. PO, siglas que vemos repetidas una y otra vez en la muestra, son en su acepción inglesa esa programada obsolescencia que mencionábamos. Ya en su primera pieza, abriendo la muestra y dejadas caer entre las cintas de un gran arnés de entrenamiento, aparecen dos pequeñas píldoras. %100, la segunda parte de la marca que la artista ha recreado, remite a la estupidez comercial, o quizás no tan estúpida, de colocar números y porcentajes a las marcas; parece que si es cien por cien algo o lleva una letra y números, nos sentimos más propensos a adquirir el producto. Y en ese momento, al percibir las pastillas, es cuando comenzamos a intuir el mensaje: para seguir ejercitándose físicamente y mantener el cuerpo terso, atlético y joven, hay que recurrir a la química. *Rapid relief*, ese rápido alivio que intitula la muestra es otra forma más de autoengaño. No todo es, pues, entrenar y sudar.

Más allá, una serie de tablas blancas, pulidas, relucientes -nuevas, perfectas, inmaculadas- sobre un azulado fondo invitan a practicar algún deporte marino. Lo cierto es que igual pueden ser tablas de surf sobre las que practicar y entrenar que blancas camillas recogiendo nuestros baldados cuerpos, o incluso féretros donde irán a reposar nuestros restos, eso sí tersos y jóvenes, en apariencia. Toda una crítica a nuestra sociedad de una joven y prometedora artista.

Rapid Relief
Reme Silvestre
Mr. Pink
Hasta el 17 de noviembre

«hasta el ridículo»

Los juvenes

COMPLICIDADES

No apetece escribir



Carlos Marzal

La gente que no ha escrito nunca con vocación literaria -es decir, guiada por la voluntad de provocar emociones mediante palabras que aspiran a estar bien dispuestas y escogidas-, cree que un escritor es un individuo con facilidad para escribir. Sin embargo, sucede algo muy distinto. Un escritor es alguien, siempre, que encuentra más dificultades para escribir que el resto de los ciudadanos, por sus escrúpulos con respecto al uso del lenguaje, por sus incertidumbres sobre la eficacia de sus preferencias argumentales, por la tonalidad sentimental a la que recurre. A un escritor le resulta muy complicado ponerse de acuerdo consigo mismo en cada frase que escribe.

Recuerdo un estupendo artículo de Gabriel García Márquez que ilustra, mediante una suerte de fábula doméstica, esta maldición que convierte a los escritores en los individuos a quienes más difícil les resulta escribir, y a la vez en quienes más aman esas dificultades que plantea la escritura.

Contaba García Márquez que, en cierta ocasión, encontrándose de vacaciones en la casa que el mexicano Carlos Fuentes tenía en el Distrito Federal, la cocinera de Fuentes les pidió por favor a los dos ilustres escritores, durante el desayuno, que le redactaran una carta para solucionar un problema de la Seguridad Social. A la hora de la cena, borrachos por completo y enfadados el uno con el otro, aún no habían conseguido ponerse de acuerdo en la puntuación de la primera frase de la carta. Entonces, la cocinera los mandó a paseo, les retiró el impreso oficial en donde debían haber escrito, y les hizo saber que todo aquello confirmaba sus sospechas acerca de que los escritores eran unos completos inútiles. Avergonzados, los dos novelistas siguieron bebiendo hasta la madrugada, mientras se echaban recíprocamente la culpa por no haber sido capaces de escribir una sola línea.

Escribir cuesta mucho; redactar, un poco menos. Los escritores, a menudo, son incapaces de redactar, porque, aunque estén haciendo la lista de la compra, pretenden tener voluntad de estilo, musicalidad, inteligencia, lazos con la tradición.

A menudo no apetece escribir, y el escritor profesional debe hacerlo. Aunque se repita, aunque llueva mucho, aunque esté enfermo, aunque sospeche que no lo lee casi nadie, aunque el mundo parezca haber perdido la cabeza. El mundo cercano, el que empieza en la puerta de la calle.

Mis amigos escritores catalanes que escriben en catalán se han vuelto casi todos independentistas. Yo creo que sus aspiraciones son insolidarias, innecesarias e injustas, entre otras muchas cosas. Ellos creen lo contrario. No nos vamos a poner de acuerdo. No vamos a romper nuestra amistad, aunque ellos, imagino, se asombran de cómo pienso yo, y yo de cómo piensan ellos. Supongo que me consideran un poco menos inteligente de lo que me creían, y yo los juzgo también un poco menos de lo que consideraba. Las palabras que manejamos no significan lo mismo para todos: libertad, democracia, legalidad, justicia, policía, derechos civiles. En estos casos, las leyes y los tribunales son los que median en las democracias entre pareceres opuestos. Pero tampoco, me temo, nos vamos a poner de acuerdo con respecto a la frase anterior.

Cuando no apetece escribir, escribir es la única fórmula mediante la que algunos pretendemos no perder del todo la cabeza.

